

Ayúdame a curarme

Enrique Samson

Colaborador del Movimiento Regnum Christi

Hace 8 años no podía caminar. Mi papá me tenía que meter a la regadera porque no podía yo solo. El accidente me había dejado totalmente tullido, como dicen en México. Vivía para trabajar, pasármela bien, comprar juguetes y hacer deporte extremo. Pero el día menos pensado me caí de la moto. La vida cambia. La experiencia me dio humildad. Me despertó.

Mundánamente no me iba tan mal. Era gerente de marca en una multinacional y pasaba mis días entre la Ciudad de México y Miami. Me gastaba todo mi sueldo y mi tiempo en la buena vida, el deporte extremo, viajes, elaborando planes, fiestas y ligando por las razones equivocadas. Hasta pensaba que era un buen católico porque iba a misa los domingos, me confesaba cada que me sentía incómodo y me acababa de incorporar al *Regnum Christi* como mi última novedad espiritual. No tenía yo idea.

En 2001 pasé a la final del *Marlboro Adventure Team* y era todo lo que me importaba. Estaba entrenando con una moto Enduro, prestada, cuando perdí el control y me caí. Mi pié quedó atorado en el pedal mientras la moto me torcía la pierna en el sentido opuesto. Igual que cuando le arrancas la pierna a un pollo, escuché y sentí cómo se me rompían los ligamentos uno por uno. El amigo que estaba conmigo trató de ayudarme a caminar, pero la pierna se me doblaba como popote para atrás y para los lados. Cuando volví del hospital a casa, tuve mucho tiempo libre para angustiarme pensando que no volvería a caminar normalmente. Recé mucho y recuerdo que en mi desesperación le hice a Dios una promesa infantil: «Ayúdame a curarme y te prometo que te doy un año como colaborador del Regnum Christi».

Luego pasé dos años en cirugías y fisioterapia hasta que, en contra de los pronósticos médicos, recuperé toda la movilidad y flexión en ambas piernas. Me dieron de alta con la noticia de que me tenía que olvidar del deporte extremo y los deportes de contacto. Ahí se acabó el montañismo, la vela, el esquí y la posibilidad de seguir probando nuevos deportes (que para mí era la felicidad en la vida). Me deprimí por varios meses, pero luego empecé a com-

prender que las desgracias son bendiciones disfrazadas. Dios estaba sembrado en mí una semilla de mostaza que se convertiría en un árbol.

Mi *headhunter* de cabecera que es la Virgen María, me colocó de gerente de programación y mercadotecnia en una televisora; cosa que siempre había querido hacer. Me guió también para negociar un sueldo bastante más jugoso que el último. Así fue como volví a la normalidad, con el mismo estilo de vida materialista o quizá peor que antes. congruente en mis incongruencias, y Dios mandándome pequeñas señales para que cambiara. Con toda razón conflictos muy duros con los directivos de la televisora. A la hora de recibir estos “golpes”, me daba cuenta de lo poco preparado que estaba para defender la tremenda responsabilidad social que implicaba mi trabajo.

Seguía rezando para tomar mis decisiones y enfocarme en lo que realmente vale la pena, cuando me recordaron mi promesa. Dios no había dejado nuestro pacto en el olvido y finalmente, a la edad de 33 años, acepté su invitación a darle un año de mi vida; ocho años después de mi accidente. Meditando en todos los regalos recibidos desde mi concepción, me quedó clarísimo que doce meses de mi vida no son nada. Hasta le quedo debiendo. De verdad: «¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?».

Van dos años desde que puse mi vida completamente en las manos de Dios, y Él no ha hecho más que seguir llenándola de cosas buenas. Me ha dado la clave para un matrimonio sólido: la fe. Me ha dado la solución a todos mis problemas: la esperanza. Me ha dado la fórmula de la felicidad: pensar en la felicidad de los demás. Le dije: «enséñame a rezar», y lo está haciendo. Me enseñó que entre más reces, la vida y la oración se vuelven más fáciles. Le dije: «Señor, si quieres puedes curarme», y Él tomó control de la situación, y por primera vez en mi vida experimenté una paz profunda. También muchas cosas materiales pasaron a segundo término. Sigo con mi gusto por los medios de comunicación, la televisión y la publicidad. Pero mi vida ya no es igual y tampoco mi camino hacia la casa del Padre.

Hace apenas unos años creía que la felicidad era llenarme de adrenalina, rodearme de juguetes y de ruido. Con mi accidente entendí finalmente que el silencio interior no tiene precio. Se me acabaron muchos deportes. Ahora sólo puedo ver jugar a los demás, pero me sirve de recordatorio que la vida es frágil. Doy gracias por el simple hecho de caminar. Mis rodillas, 40 años más viejas que yo, me duelen todas las noches. Perdí un ligamento, y los demás están detenidos con seis tornillos de titanio. Pero éstos no son nada comparados con los tres clavos que Cristo soportó en manos y pies por mí.

Gracias, Señor, por darme una cruz. Déjame que la cargue por el tiempo que Tú quieras y que me sirva para que nunca olvide la gran lección que me has dado. Como dijo San Agustín: «Nos hiciste para ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en ti».